

EDWARD GIBBON

HISTORIA DE LA DECADENCIA Y CAÍDA DEL  
IMPERIO ROMANO

TOMO I



TURNER



*Historia de la decadencia  
y caída del Imperio Romano*

*Tomo I*

*Desde los Antoninos hasta Diocleciano  
(años 96 a 313)*

*Desde la renuncia de Diocleciano  
a la conversión de Constantino  
(años 305 a 438)*

**EDWARD GIBBON**

TRADUCCIÓN DE JOSÉ MOR FUENTES

BIBLIOTECA TURNER



Título original:

*The History of the Decline and Fall of the Roman Empire*

Primera edición en castellano: Turner, 1984

Traducción original de José Mor Fuentes

Esta edición, revisada y actualizada por Luis Alberto Romero:

© 2006 Turner Publicaciones S.L.

Rafael Calvo, 42

28010 Madrid

[www.turnerlibros.com](http://www.turnerlibros.com)

Ilustración de cubierta:

Emperatriz Teodora, c. 547 d.C. © The Bridgeman Art Library

ISBN (Obra completa): 978-84-15427-20-9

ISBN (Tomo I): 978-84-15427-16-2

Todos los derechos reservados. No está permitida la reproducción total o parcial de la obra, ni su tratamiento o transmisión por cualquier medio o método sin la autorización escrita de la editorial.

## NOTA EDITORIAL

Para la presente edición se ha partido de la traducción al español de José Mor Fuentes de la *Historia de la decadencia y ruina del Imperio Romano* publicada en Barcelona en 1842. La reelaboración del texto, que fue cotejado con el original inglés, estuvo a cargo de Gonzalo Blanco, Liliana Cosentino, Conrado Ferre y Verónica Zaccari. Además, se ha incorporado una nota bibliográfica al principio de cada período que da cuenta de los avances de la historiografía. Esas notas y los mapas han sido elaborados por Ana Leonor Romero. La edición y la introducción de la obra se deben al profesor Luis Alberto Romero.



# ÍNDICE

Prólogo

## **Período de los Antoninos**

*Nota bibliográfica*

- I Extensión y poder militar del Imperio en tiempos de los Antoninos
- II Acerca de la unión y la prosperidad interior del Imperio Romano en tiempos de los Antoninos
- III Constitución del Imperio Romano en la época de los Antoninos

## **La crisis del siglo III**

*Nota bibliográfica*

- IV Crueldad, desvaríos y muerte de Cómodo. Nombramiento de Pértinax: su intento de reformar el Estado y su asesinato por parte de la guardia pretoriana
- V Venta pública del Imperio a Didio Juliano por parte de la guardia pretoriana. Clodio Albino en Britania y Septimio Severo en Panonia se declaran contra los asesinos de Pértinax. Guerras civiles y victoria de Severo sobre sus tres

competidores. Relajación de la disciplina. Nuevas máximas de gobierno

- VI Muerte de Severo. Tiranía de Caracalla. Usurpación de Macrino. Locura de Heliogábalo. Virtudes de Alejandro Severo. Desenfreno del ejército. Estado general de la hacienda romana
- VII Ascenso y tiranía de Maximino. Rebelión en África y en Italia, bajo la autoridad del Senado. Guerras civiles y sediciones. Muertes violentas de Maximino y su hijo, de Máximo y Balbino, y de los tres Gordianos. Usurpación y juegos seculares de Filipo
- VIII Acerca del estado de Persia después de la restauración de la monarquía por parte de Artajerjes
- IX Situación de Germania hasta la invasión de los bárbaros en tiempos del emperador Decio
- X Los emperadores Decio, Galo, Emiliano, Valeriano y Galieno. Irrupción de los bárbaros. Los treinta tiranos
- XI Reinado de Claudio. Derrota de los godos. Victoria, triunfo y muerte de Aureliano
- XII Conducta del ejército y del Senado tras la muerte de Aureliano. Reinados de Tácito, Probo, Caro y sus hijos



- XIII Reinado de Diocleciano y de sus tres asociados Maximiano, Galerio y Constancio. Restablecimiento general del orden y la paz. Guerra p rsica, victoria y triunfo. Renuncia y retiro de Diocleciano y Maximiano

### **Constantino y la Iglesia**

*Nota bibliográfica*

- XIV Conflictos tras la renuncia de Diocleciano. Muerte de Constancio. Ascenso de Constantino y Majencio. Seis emperadores en un mismo momento. Muerte de Maximiano y de Galerio. Victorias de Constantino contra Majencio y Licinio. Reunificación del Imperio bajo la autoridad de Constantino

### **Cristianismo primitivo**

*Nota bibliográfica*

- XV Progresos de la religión cristiana, y opiniones, costumbres, número y estado de los cristianos primitivos
- XVI Actitud del gobierno romano frente a los cristianos, desde el reinado de Ner n hasta el de Constantino
- XVII Fundación de Constantinopla. Sistema político de Constantino y sus sucesores. Disciplina militar. El Palacio. La Hacienda

- XVIII    Índole de Constantino. Guerra Gótica. Muerte de Constantino. División del Imperio entre sus tres hijos. Guerra Pérsica. Muertes trágicas de Constantino el menor y de Constante. Usurpación de Magnencio. Guerra civil. Victoria de Constancio
- XIX      Constancio emperador único. Glorificación y muerte de Galo. Peligros y ascenso de Juliano. Guerras sármatas y pérsicas. Victorias de Juliano en Galia
- XX      Motivos, progresos y efectos de la conversión de Constantino. Establecimiento legal y constitución de la Iglesia Católica

Notas

## PRÓLOGO

*E*n 1764 llegó a Roma un inglés de veintisiete años que realizaba su *grand tour* o viaje iniciático por Europa. No era fácil evocar la antigua capital imperial en la Roma dieciochesca y algo decadente: las ruinas del Foro y el Capitolio, que atraían al viajero, emergían apenas por entre las matas de arbustos donde bueyes y ovejas pastaban. Pero Edward Gibbon pudo ver la vieja Roma en toda su gloria, y recordó en sus *Memorias* este momento crucial de su existencia:

No puedo olvidar, ni tampoco expresar, las fuertes emociones que agitaron mi mente cuando por primera vez me aproximé y entré en esta *ciudad eterna*. Después de una noche sin dormir, pisé con suavidad las ruinas del Foro. Cada punto memorable, donde Rómulo se paró, Cicerón habló o César cayó muerto, se hizo presente de inmediato ante mis ojos; y disfruté de varios días de intoxicación antes de poder descender a una investigación más calma y minuciosa. [...] Fue en Roma, el 15 de octubre de 1764, cuando me senté pensativo en medio de las ruinas del Capitolio, mientras los frailes descalzos cantaban las Vísperas en el templo de Júpiter, que la idea de escribir la decadencia y caída de la Ciudad se puso en marcha por primera vez en mi mente.

Quizá no fue exactamente así; iluminado por esta revelación en el Foro romano, Gibbon tardó sin embargo casi cuatro años en decidirse a emprender la obra que lo haría famoso. Pero, finalmente, las ruinas de pasadas glorias imperiales, víctimas de larga decadencia y estrepitosa caída, por su

mano y su pluma volverían a la conciencia de Occidente para convertirse en el más importante de sus legados.

## I

La vida de Gibbon fue en muchos aspectos la propia de un caballero inglés del siglo XVIII. Su abuelo hizo una fortuna a principios del siglo como comerciante y contratista del Ejército, la perdió y volvió a hacerla. Su hijo disfrutó de la herencia, vivió como un propietario rural y mejoró su patrimonio casándose con la hija de un rico comerciante londinense. Tuvieron varios hijos pero sólo sobrevivió el mayor, Edward, nacido en 1737 en Putney. Fue un niño enfermizo, puesto al cuidado de su tía, y un ávido lector, que pronto disfrutó de la biblioteca de su padre. Pese a que no pudo asistir regularmente a la escuela, a los quince años ingresó sin dificultad al Magadalen College de Oxford, donde pasó un poco más de un año, que no recordó como provechoso. A los dieciséis años, motivado por una controversia religiosa y por la lectura de las *Cartas* del obispo Bossuet, decidió hacerse católico y se bautizó. Era imposible que permaneciera en Oxford, universidad rígidamente anglicana e intolerante con los católicos. Su padre lo envió a Lausana, en Suiza, y lo confió a un tutor, el señor Pavillard, un pastor protestante que con mano firme y segura lo condujo nuevamente a la religión de sus mayores y, a la vez, lo guió en sus estudios con segura autoridad.

El joven Gibbon estuvo cinco años con Pavillard, concentrado en sus libros. Aprendió latín y algo de griego; leyó a los clásicos, y también a Locke, Hume, Montesquieu y Voltaire, a quien pudo conocer en Suiza, así como la mayoría de la literatura francesa. Gibbon tuvo así una educación más amplia y cosmopolita que la que podría haber adquirido en Oxford. Poco antes de cumplir veinte años se enamoró de Suzanne Curchod; el padre prohibió la

boda y el joven Gibbon acató su decisión. Suzanne, también escritora, acabaría casándose con el banquero Jacques Necker, con quien tuvo una hija: la ilustre Madame de Staël, figura destacada entre los escritores del primer Romanticismo.

En 1758 Gibbon volvió a Inglaterra, a la residencia campestre de su padre donde las continuas obligaciones sociales le impedían concentrarse en sus estudios, y también a Londres, donde comenzó a comprar libros y a formar lo que sería su gran biblioteca. En 1760 fue incorporado como capitán a la milicia real. Durante dos años su regimiento recorrió Inglaterra; Gibbon, que alcanzó el grado de coronel, recordaría más tarde que de esa monótona tarea recogió al menos una enseñanza sobre el tema que ya le preocupaba: cómo funcionaban las formaciones militares, las falanges, las legiones. Gibbon alternó la vida de campamento –con sus largas sesiones alcohólicas– con la lectura, que ya era en él una pasión absorbente. Por entonces se dedicó a los grandes autores ingleses de principios del siglo XVIII –Swift, Addison– y recuperó la familiaridad con su lengua materna, relegada en Suiza por el francés.

Liberado del servicio, su padre lo autorizó a realizar el *Grand Tour*, el viaje que todo joven inglés hacía por el continente europeo para completar su formación y prepararse para la vida. En su caso, el viaje completó su formación, definió su vocación por la historia y lo ayudó a elegir el tema al que se dedicaría. En 1763 estuvo varios meses en París, frecuentó los salones, trató a los filósofos, como Diderot o D'Alembert, y también a un género de escritores muy distinto: los historiadores eruditos. Escribió en francés un *Ensayo sobre el estudio de la literatura* que fue bien recibido. El ensayo sigue la moda intelectual parisina: Gibbon reflexiona sobre el valor relativo de la filosofía y las ciencias por un lado, y los estudios clásicos por otro, y

aunque se manifiesta partidario del moderno saber, racional y crítico, señala el valor de los estudios clásicos y del humanismo. Gibbon ganó una cierta consideración en un medio intelectual ante el cual, sin embargo, manifestó algunas reservas, propias de quien se siente menos atraído por el saber especulativo que por la investigación empírica.

De vuelta en Lausana, Gibbon preparó cuidadosamente la segunda parte de su *tour*, cuyo centro serían Italia y Roma. Su itinerario indica que, más que la Roma renacentista, le interesaba la capital imperial. Sin embargo, tardó en elegir su tema, consideró varias alternativas y durante un par de años pensó en dedicarse a una historia de la libertad de los suizos, de la que quedó el borrador de un capítulo. En 1768 había optado por lo que sería su gran proyecto: una historia de la ciudad, que luego se prolongaría en el tiempo y en el espacio, para incluir a Bizancio, la Roma medieval y la historia de todos los pueblos que pasaron por el territorio del antiguo imperio. Sus trabajos se facilitaron enormemente cuando murió su padre, en 1770. Hasta entonces su libertad estuvo condicionada por los caprichos de un padre arbitrario y derrochador, que consumía sin precaución el patrimonio familiar. Desde entonces, Gibbon fue libre e independiente, dueño de una herencia que, después de dos años de trabajosa puesta en orden, terminó resultando algo menguada.

Desde 1772, Gibbon trabajó afanosamente en su obra, leyendo y analizando libros y documentos, pero sin renunciar a la vida mundana y la sociabilidad. En 1774, bajo el patrocinio de lord Eliot, ingresó en la Cámara de los Comunes. Fueron los años de la revolución americana, y tuvo ocasión de escuchar a grandes oradores y políticos experimentados, como Burke, Fox y Sheridan. Él, en cambio, no tuvo una participación destacada; se alineó con lord North, escribió un panfleto en francés, defendiendo la política británica, y obtuvo una de las sinecuras propias de

la *Old Corruption*: un cargo en la Comisión de Comercio y Plantaciones, con unos atractivos honorarios. Tal prosperidad duró poco, pues un cambio en la política hizo desaparecer comisión y plaza. Por entonces, Gibbon había sido admitido en el célebre Club fundado por el doctor Samuel Johnson, donde alternó con el actor David Garrick, el pintor Joshua Reynolds, el escritor Oliver Goldsmith, el historiador Edmund Burke y el economista Adam Smith, todos ellos la flor y nata de la Ilustración británica.

En 1776 publicó el primer volumen de su obra, *Historia de la decadencia y caída del Imperio Romano*. El éxito fue grande: rápidamente se vendieron los mil ejemplares de la edición, a los pocos meses apareció una segunda y al año siguiente una tercera. Destacadas personalidades, a quienes Gibbon admiraba, lo elogiaron: David Hume, William Robertson y Adam Ferguson, quienes en muchos sentidos habían sido sus modelos historiográficos y literarios. Gibbon continuó con su tarea “de romanos”; en 1783 decidió abandonar Inglaterra, vendió sus propiedades y se instaló en la casa de un amigo, en Lausana: su magro patrimonio no le permitía sostener un tren de vida adecuado para Londres, y otras amenidades de la capital –el Parlamento, el Club– habían dejado de tener interés para el historiador, obsesionado por su tarea. En 1787 publicó el último de los seis volúmenes, que tuvo un éxito similar al de los anteriores. Desde Lausana siguió los avatares de un mundo tormentoso, tuvo noticia de la Revolución Francesa y abominó de ella y de “los nuevos bárbaros”. De alguna manera, su vida estaba hecha. En 1793 abandonó su cómodo mirador suizo y volvió a Inglaterra para acompañar a su amigo lord Sheffield durante la enfermedad de su esposa. En Londres hubo de someterse a una intervención quirúrgica a la que no sobrevivió: murió a principios de 1794.

En 1768, después de considerar otras varias posibilidades, Gibbon decidió dedicarse al estudio del Imperio Romano. Su primer proyecto, una historia de Roma, se expandió de manera notable, para abarcar la historia de Constantinopla – la segunda Roma– hasta su caída en manos de los turcos en 1453. El punto de referencia de Gibbon no fue Roma sino Constantinopla, luego llamada Bizancio; desde allí contempló los límites siempre decrecientes del Imperio, y las regiones de los alrededores, desde Arabia hasta la tierra de los tártaros, buscando “las naciones, inmediatas o remotas autoras de la caída del Imperio Romano”. El resultado fue mucho más que la historia de lo que clásicamente se conoce como el Imperio Romano, e incluyó además todo lo que circundó esa doble historia imperial: el cristianismo, el islamismo, el imperio persa, el mundo de los bárbaros que invadieron el Imperio en el siglo v, el Papado medieval, las Cruzadas, y hasta la irrupción de Gengis Khan, cuyas causas llevan a Gibbon a explorar la mismísima historia china.

Su mirada de la historia fue la de un hombre de la Ilustración, un filósofo, empeñado en construir un relato acerca del progreso del espíritu. Siguiendo a Voltaire o a Montesquieu, buscó la oscuridad y los atisbos de iluminación en el vasto campo de las “costumbres”, e incursionó con espíritu etnográfico en el territorio de los “bárbaros”. Como les sucedió a muchos otros hombres de la Ilustración, su fe en el progreso estuvo cuestionada permanentemente por una actitud escéptica ante las cosas de los hombres, fueran “bárbaros” o “civilizados”. De la tradición humanista, revitalizada en la Inglaterra del siglo xviii, recogió la preocupación por descubrir la superstición y el prejuicio, sobre todo en materia religiosa. En general, le interesó encontrar las causas profundas, “la patología humana en acción”: el error, el prejuicio, la ilusión, pues “la



historia es apenas un poco más que el registro de crímenes, locuras, desgracias y desventuras de la humanidad”.

Pero, además de “filósofo”, Gibbon quiso ser un estudioso, un académico capaz de utilizar todo lo que la erudición estaba aportando al conocimiento histórico; en sus notas al pie, verdadero contracanto del texto principal, puntualizó a menudo los errores de erudición de los grandes filósofos, y especialmente las de Voltaire, con quien había tenido algún desencuentro personal. Gibbon tenía pasión por los hechos sólidos y comprobados, lo que lo llevó a hacerse cargo de la tradición de la historia erudita, iniciada por el humanismo renacentista y desarrollada con amplitud en el siglo XVII.

Siguiendo las huellas de Lorenzo Valla, que descubrió la falsificación de la “donación de Constantino”, los monjes bolandistas y Mabillon habían desarrollado el método crítico, que permitía detectar las falsificaciones en las fuentes documentales a partir del estudio de la letra o el estilo. En su *Diccionario*, el erudito francés Pierre Bayle (1647-1706) reunió en 1696 todo lo rescatable de las fuentes escritas, examinando en cada caso los argumentos en pro y en contra de su veracidad. Para corregir el sesgo intencional de los documentos, y en un extremo la voluntad de su autor de mentir, se estudiaron otras fuentes, como las inscripciones, medallas o monedas. Los “anticuarios” -un grupo muy extendido en los siglos XVII y XVIII- coleccionaron objetos y datos verificados, pero sin pretender organizarlos en una historia narrativa o interpretativa, de la que por otra parte desconfiaban.

Gibbon no era un experto en paleografía o en numismática; no dominaba las técnicas de la crítica histórica; no hizo una investigación original, pero conoció en detalle todo lo aportado por la erudición, y lo aplicó a su gran obra. Toda la primera parte de su vasto

emprendimiento consistió en reunir estos materiales, analizarlos y ordenarlos, mientras en su mente cobraba forma el argumento que les daría vida y sentido. Sobre el mundo antiguo no existía por entonces bibliografía moderna, y los autores clásicos eran considerados obras de referencia. En ese caso el trabajo de Gibbon consistió en confrontarlos con la información que suministraban la numismática y la medallística. La *Historia augusta*, una célebre serie de biografías de emperadores, compuesta en los siglos III y IV, resistió mal la confrontación. Más seguro resultó a su juicio el historiador griego Dion Casio, que escribió a comienzos del siglo III pero de cuya obra sólo se han conservado algunos fragmentos. Igualmente importante para Gibbon fue Amiano Marcelino, autor que conoció de cerca al emperador Juliano “el Apóstata”, quien le aportó importantes referencias sobre el cristianismo primitivo. Los apasionados textos de otros muchos historiadores de la época lo alertaron sobre los riesgos del fanatismo, la retórica vacía o el mero panegírico. Más notable es el uso que Gibbon hace de una fuente escrita no narrativa, el Código de Teodosio, con el que se introduce, de manera muy moderna, en los entresijos de la vida social. Sobre el período medieval el panorama era distinto, pues existían historias modernas, escritas sobre una base documental que incluía la numismática. Las principales para Gibbon fueron las dos obras de L. Muratori (1672-1751) –*Scriptores* y *Antiquitates Italicae*– y las del jansenista francés Le Nain de Tillemont (1637-1698) *Historia de la Iglesia* e *Historia de los emperadores*, sólidamente eruditas y con escasas pretensiones interpretativas.

Estos autores, junto con Bayle, están permanentemente presentes en sus notas al pie. A diferencia del texto principal, cuidado y solemne, las notas están escritas con humor, son personales y a menudo arbitrarias. En ellas Gibbon reparte críticas contundentes y alabanzas, señala

méritos y limitaciones, no se priva de la adjetivación, y establece una suerte de camaradería con los académicos que lo han ayudado en su tarea. Vistas en conjunto, tienen la forma de una fuga musical: las voces de los eruditos que sostienen su trabajo en cada una de las partes van entrando una a una; Gibbon los saluda cuando llegan y se despide de ellos cuando ya no pueden serle útiles.

Su conocimiento de los aportes eruditos muestra que Gibbon, aunque no fue personalmente un anticuario, valoró su trabajo y se apasionó con los hechos, aun los menudos y triviales, pues cada uno podía proporcionarle un fragmento para el gran relato que iba componiendo en su mente. Su primera tarea fue ordenarlos, compaginarlos, hacerlos compatibles. Un instrumento fundamental fue la cronología, pues la fijación de las fechas era una cuestión que en el siglo XVIII estaba lejos de ser resuelta. Había una cronología construida a partir de los relatos escritos, y otra que surgía de la numismática, la medallística o la epigrafía. Se trataba de hacerlas compatibles, y en este trabajo el *Diccionario* de Bayle prestó una ayuda inapreciable. La segunda tarea consistió en describir adecuadamente los escenarios por donde transcurriría su relato. Algunos los había recorrido personalmente, y para el resto se basó en geografías y en la vasta literatura de viajeros disponible.

Finalmente, Gibbon debía resolver el problema de cómo transformar en un relato esa maraña de materiales y las ideas con las que los articulaba. Los modelos de escritura a los que podía apelar no eran muchos. Tácito entre los escritores antiguos, Voltaire en cierto sentido, pero sobre todo dos grandes historiadores británicos, que escribieron historias para ser leídas por sus contemporáneos. Se trata de David Hume, cuya *Historia de Inglaterra* se terminó de publicar en 1762, y que alentó a Gibbon a escribir en inglés y no en francés, y el escocés William Robertson, autor de una

célebre *Historia del reinado del emperador Carlos V*, que fue uno de los primeros lectores de Gibbon, y quizá quien más contribuyó a su rápida fama.

El principal desafío residía en lo desmesurado de la materia: la masa de hechos que debía poner en movimiento, las historias simultáneas y concurrentes que transcurrían en vastos espacios geográficos, y la amplia escala temporal con la que se había propuesto trabajar. La estrategia narrativa elegida lo llevó a sacrificar a menudo el orden cronológico en beneficio de la coherencia temática. En la obra, los saltos temporales no son menores, pero siempre aparecen anunciados, aclarados y organizados por un narrador que, progresivamente, ocupa una posición central en el relato. Como el maestro de ceremonias de un gran espectáculo, Gibbon va anunciando la presencia en el escenario principal de los sucesivos actores, de modo que la complejidad de historias, tiempos y lugares se unifica a la vista del imaginario espectador de la arena circense.

Como narrador, su arte consiste en elaborar un relato racional, complejo y sugerente, a partir de fuentes que habitualmente son concisas y oscuras, ejerciendo a veces, según admite, una “suave presión sobre los hechos”. Para ello recurre a la paráfrasis, la amplificación y a una natural perspicacia que le permite adentrarse en la psicología de sus personajes más allá de lo que el testimonio autoriza. Su arte principal reside en la capacidad para combinar lo grande y lo pequeño. Los retratos de sus personajes son sutiles exploraciones en caracteres siempre complejos y ambiguos, tanto como lo es su propia opinión sobre ellos. Episodios, detalles, anécdotas, aquí y allá tornan vívida y significativa una idea general y abstracta. Sus dotes literarias se manifiestan sobre todo en la construcción de visiones panorámicas de vastos procesos: movimientos de pueblos, escenarios distantes y simultáneos. Son perspectivas amplias, recreadas a partir de un punto de

vista, como el de Teodorico, cuando se aprestaba a conquistar Roma, o el de un habitante de Constantinopla que describe cómo es el mundo en el siglo VI.

Todo eso es traducido en una escritura singularmente económica. Su prosa es medida y cuidada, y sugiere que cada palabra ha sido pesada y vuelta a pesar. Es singular su uso de las abstracciones: en lugar del adjetivo *bello* o el adverbio *bellamente*, se habla de *la belleza*. Las abstracciones se acumulan, para reforzar la idea, o se contraponen, para mostrar la complejidad de una situación o un carácter. El recurso más notable, en lo que hace al estilo y a la intención, es una combinación de paradoja, ambigüedad e ironía. En tiempos de Gibbon, Bernard de Mandeville había popularizado, en su descripción de la vida de las abejas, la paradoja sobre la fértil coexistencia de los vicios privados con las virtudes públicas, la misma que subyace en la explicación del mercado de Adam Smith: el egoísmo produce algo que resulta de utilidad general. Gibbon comparte esta perspectiva. Preocupado por construir una historia moral en la que se explique tanto el progreso como la decadencia, constata que la civilización y la moral marchan por caminos distintos. Desconcertado por la ambigüedad tanto de los motivos como de los resultados de las acciones humanas, recurre a la doble adjetivación y al oxímoron para mostrar la complejidad de los móviles humanos, o quizá para expresar sus dudas acerca del juicio que merecen.

La virtud y el vicio no están todos juntos en el mismo lugar; los motivos de las acciones humanas siempre están mezclados, las consecuencias siempre son dudosas. La mejor forma de expresar esta compleja ambigüedad es la ironía, que se convierte no sólo en un instrumento de expresión sino en una herramienta de análisis del pasado. Tal el caso de la ironía implícita en aquella escena romana que, según recordó posteriormente, lo impulsó a

consagrarse a la historia de Roma: unos monjes ignorantes celebrando sus ceremonias supersticiosas en una iglesia en ruinas, construida donde antes había habido un templo pagano. Si el cristianismo condujo a la humanidad hacia la civilización, parece decirnos, los instrumentos del Señor fueron sin duda extraños.

### III

Es paradójico que, en la era del progreso, un historiador imbuido de los principios ilustrados dedicara todos sus esfuerzos a describir una larga decadencia, que concluye en irremediable caída. No se explicaría sin la clásica referencia al Renacimiento del siglo xvi, que sigue sin solución de continuidad a la caída final de la Roma oriental o bizantina a manos de los turcos. Como en el célebre poema de Milton, se trata del paraíso perdido y recuperado, la reconstrucción, sobre bases nuevas y firmes, de la civilización, que sin embargo conservará -como Roma con Troya- un lazo con aquella experiencia generadora.

La civilización constituye, en realidad, el concepto articulador del gran relato de Gibbon. Se trata de una palabra novedosa, incorporada por los pensadores franceses a fines del siglo xviii, que alude a lo que, en otros contextos, comenzaba a llamarse el “progreso de la sociedad civil”. La civilización remite a criterios de moral y de costumbres, a un sentido de la tolerancia, tomados no ya de la vida cortesana o caballeresca sino de la convivencia corriente de los hombres en las ciudades: son las formas de vida burguesa, combinadas con ideas provenientes del mundo antiguo -*politesse*, urbanidad- las que resultan elevadas a la categoría de patrón moral.

La civilización existe en oposición con otro estado igualmente ideal y estereotipado: la barbarie. La tensión se expresa en una serie de contraposiciones, que son clave en

la organización del pensamiento de Gibbon. Son muchas, y no necesariamente se suman o coinciden, y esto contribuye a la riqueza de su reconstrucción. Cuando habla de los romanos, la libertad se contraponen al servilismo, el vigor a la enervación, la masculinidad al afeminamiento, la simplicidad al lujo; si se trata de la religión, es la moderación contra el fanatismo, la razón contra la superstición, la moralidad contra la teología.

Desde ese punto de vista ideal, la totalidad de su historia puede ser mirada y juzgada, más allá de los límites de los Estados y los imperios, como una marcha hacia la culminación del desarrollo humano. Pueden descubrirse, aquí y allá, los momentos en que esa civilización brilla, se constituye, declina quizá, pero para reaparecer después. Tal el caso de la ruina del Imperio Romano: una zona oscura de la historia, un hiato, que conduce al brillante Renacimiento.

No es raro que hayan sido la decadencia y la ruina las que atrajeron a este creyente de la civilización y el progreso. Peter Burke ha mostrado la significación enorme que entre los siglos xv a xviii tuvo en la conciencia colectiva la idea de decadencia, manifiesta en la variedad de palabras, imágenes y tópicos acuñados para caracterizarla. Una cantidad enorme, si se la compara con la escueta lista de los términos que aluden a la renovación o reforma, o más modestamente a un cambio indiferente. La “revolución” era todavía entendida como la recuperación de un antiguo equilibrio, y no como la construcción de un orden nuevo.

La decadencia constituía un patrón mental que podía referirse a escenarios o situaciones diversas y variadas: la decadencia cósmica, el declive de la moral o las costumbres, la decadencia de la cultura, el saber o el talento, el declive de la Iglesia. Más específicamente la decadencia política, referida a dos campos que no se excluían: el de la observable expansión y contracción de los

Estados y los imperios, y el de la postulada corrupción de las instituciones políticas.

Una larga experiencia histórica decantó en fórmulas, metáforas y tópicos, cuyas raíces remontan a Hesíodo o al Génesis, para explicar la decadencia. Pero esas maneras de pensar ya acuñadas –señala Burke– se actualizan y se hacen precisas a través de nuevas experiencias, que van introduciendo modificaciones en los viejos esquemas. Así, hay un cambio en la explicación de las causas: las que referían al designio divino, o a fenómenos naturales, como los vaivenes de la rueda de la fortuna, dejaron paso, en la era del humanismo, a explicaciones centradas en la acción de los hombres. La decadencia podía atribuirse a factores personales, como la corrupción de las costumbres, o a acciones colectivas no deliberadas, como los grandes movimientos de los pueblos. La experiencia española de los siglos XVI y XVII agregó una nueva dimensión: la decadencia económica, la pérdida de riquezas, la destrucción de las industrias, un tema ampliamente desarrollado por los arbitristas españoles que agregaría una nueva dimensión a la mirada sobre el Imperio Romano.

Gibbon es heredero de toda una tradición intelectual y cultural referida a la decadencia. Sus argumentos ya habían sido usados, al punto de sonar en él a lugares comunes. La singularidad no está en cada razonamiento, sino en la elección de algunos de los disponibles, y en su combinación única, en cada circunstancia, para producir un armado sutil, complejo y original. En rigor, a lo largo de los catorce siglos de su narración son varias las decadencias que se articulan en su historia: la de la ciudad de Roma, la de todo el Imperio Romano de Occidente, la de Bizancio, la de las distintas monarquías bárbaras, la del Califato de Bagdad y hasta hay lugar para explicar la decadencia de los hunos. Nada es estable y definitivo, y los vencedores de las vísperas son los derrotados del día.



En cada caso, el eje que elige para explicar la decadencia es diferente. Al tratar el Imperio Romano de Occidente, y de acuerdo con la tradición republicana, subraya la pérdida de la libertad, observable ya desde la constitución del imperio de Augusto. La época de los Antoninos, más de un siglo después, constituye el apogeo de otro proceso de decadencia: el declive cultural. Desde Constantino, en el siglo III, su tema es la decadencia de la disciplina militar, que conduce a las invasiones. Como telón de fondo, la larga y permanente crisis de la agricultura, que tanto contribuyó al declive de la sociedad antigua. Los argumentos son combinados de manera ingeniosa: un avance en un campo puede conducir a un retroceso en el otro, de modo que, en conjunto, unos y otros se empujan recíprocamente, pues los mecanismos perversos predominan sobre los virtuosos.

Esta complejidad de su razonamiento puede deberse, en parte al menos, a la presencia de tradiciones intelectuales diferentes y en tensión. Siguiendo a Tácito, el lujo es reiteradamente presentado como la causa de la decadencia, sea de los romanos o de los bárbaros. Pero cuando atiende a Adam Smith o a Mandeville aparece un razonamiento opuesto: las virtudes públicas se cimentan habitualmente en vicios privados, y el ansia de lujo puede ser, en ocasiones, un excelente sostén de la prosperidad económica. Así, concluye Burke, la sutileza, unida a una escasa jerarquización de las causas, tiene en Gibbon un precio: la inconsistencia.

## IV

El título de la obra puede resultar engañoso para los lectores del siglo XX. El Imperio Romano es el centro de una vasta historia, pero el foco no está en Roma: “El ojo del historiador -advierte- estará siempre fijado en la ciudad de Constantinopla”, atalaya desde donde se mira tanto a

Oriente como a Occidente. Gibbon desdeña el período de la formación del Imperio Romano en el seno de la antigua República; comienza su historia en el momento de la inicial madurez imperial, en el siglo II d.C., y la prolonga hasta la caída de Constantinopla, la nueva Roma, a manos de los turcos otomanos en el siglo XV, la víspera misma del renacimiento de la nueva Roma. Esta concepción del Imperio se corresponde con la perspectiva de aquella época, que observaba la continuidad de la tradición imperial en el imperio bizantino; se trata de una mirada sin duda diferente de la nuestra, más acostumbrada a considerar de manera principal aquella mitad occidental que, en su temprana ruina, acunó a la joven Europa.

La imagen de una decadencia plurisecular, con su final anunciado, domina el texto. Pero Gibbon, que no es fatalista, mantiene el interés hasta el final; la compleja estructura del relato combina continuidades y rupturas, momentos de ascenso y de caída que contempla con sentimientos mezclados: admiración, espanto, nostalgia e ironía, sobre todo cuando descubre que una fuerza o un proceso en apariencia positivo, que parece frenar la decadencia, termina reactivándola de manera inesperada. En el primer capítulo presenta al Imperio en su momento de maduro esplendor, el siglo II d.C., cuando imponía al mundo su paz y su grandeza. Pero el relato elegíaco se va quebrando al mostrar las fisuras que provocarán las rupturas y el primer derrumbe. A él le siguieron, a lo largo de diez siglos, muchos otros episodios en los que la civilización fue humillada por algún tipo de barbarie, inclusive la del sectarismo cristiano. Gradualmente, el núcleo de la romanidad se fue haciendo menos resistente y casi etéreo: ¿hasta dónde es posible reconocerlo en la última Bizancio, o en su orgullosa competidora veneciana? Sin embargo, el espíritu de la vieja Roma está presente,

hasta 1453, para dar unidad a esta historia, y también para renacer, como el ave Fénix, de las cenizas del incendio final.

Al elegir el siglo II y la brillante época de los Antoninos como culminación inicial, a partir de la cual trazar el camino de la decadencia, Gibbon parece apartarse de toda una rama de la tradición romana: la que desde Cicerón hasta Tácito había denunciado en el Imperio la ruina de la raíz republicana que con su honrada, modesta y sobria conducta lo había hecho posible. A los ojos de Gibbon, el imperio de los Antoninos se parece notablemente al Commonwealth de su tiempo: una potencia mundial, la más virtuosa y progresista, impone la paz en el mundo y asegura la libertad, la tolerancia, la paz y el progreso. Tal, la imagen del imperio liberal, que prolonga y completa las glorias augustas.

Pero Gibbon, al tiempo que empieza a marcar las fisuras que serán las grietas de esa brillante construcción, no olvida la vieja tradición del patriciado senatorial. Augusto puso fin a las largas luchas facciosas que signaron el parto del Imperio, al costo de establecer una tiranía, mesurada y poco ostentosa, pero no por eso menos firme. Su mérito estuvo, precisamente, en disimular el puño de hierro en el guante de seda de las viejas formas republicanas, que marchaban de manera poco ostentosa a su ruina.

En suma, en el comienzo de su historia Gibbon combina dos relatos. El del magnífico imperio liberal y el de la república aplastada por el tirano benévolo. La tensión entre ambas miradas es propia de buena parte de los pensadores de la Ilustración, que dudaron entre las ventajas del gobierno limitado y constitucional -que requiere de una gran cultura cívica- y las del despotismo ilustrado, más adecuado cuando aquéllas faltaban. Esa tensión estaba presente en la aristocracia inglesa, y particularmente en aquella involucrada en el gobierno del Imperio. Carlos II en 1660, y sobre todo la Revolución de 1688, habían acabado

con el tumultuoso ciclo revolucionario del siglo xvii, alimentado por pasiones religiosas y políticas. El siglo xviii podía ser visto, desde la Cámara de los Comunes en la que Gibbon se sentó, como el momento de la paz augusta, y así fue: la cultura aristocrática del siglo xviii construyó su tradición mirándose en la Roma imperial.

Pero había otra mirada, del presente y del pasado, grata sobre todo a quienes el nuevo orden había dejado en un lugar marginal. *Old Corruption*, la vieja corrupción, es la fórmula que sintetiza esta etapa de la política inglesa en la que un grupo -los *whigs*- utilizó el control monopólico del gobierno para construir la fortuna personal de sus miembros, mediante prebendas, regalos y sinecuras generosamente repartidas por el jefe político -el primer ministro- entre aquellos cuyos votos eran decisivos para sustentar el gobierno parlamentario.

Los marginados del acuerdo, la aristocracia *tory*, recuperaron otras fuentes latinas para construir su discurso de oposición. Cicerón, Tito Livio, Salustio o Tácito, y también el Maquiavelo de las *Décadas*, alimentaron un discurso republicano que, según ha estudiado C. Pockock, colocó su foco en la corrupción y sus efectos: el abandono de las antiguas virtudes y el comienzo de un camino que inevitablemente conducía a la pérdida de la fuerza militar -cuerpos debilitados por el lujo, virilidad reducida por el afeminamiento- y finalmente a la esclavitud. Por ese camino, las virtudes de la paz y la opulencia, que habían sido la base de la *laudatio imperii*, se transformaron en la causa de la decadencia. Ciertamente Gibbon no compartió las conclusiones políticas de ese planteamiento: él mismo alcanzó brevemente a gozar de los beneficios del poder de los *whigs*. Pero sus fundamentos están presentes y ocupan una parte importante en su explicación de la decadencia del

Imperio y, con seguridad, construyeron una base común de reconocimiento con sus lectores.

Así, el despotismo ilustrado de Augusto construye la civilización, pero a la vez, en este entramado juego de consecuencias y causas, acaba con las virtudes cívicas y abre el camino para sucesivos despotismos, en los que la Ilustración es cada vez más difícil de percibir. No sólo en este aspecto construye Gibbon un relato de Roma que permite a la aristocracia inglesa mirarse en un espejo lejano y, quizá, aprender las lecciones del pasado, que constituye probablemente la clave de la popularidad de esta obra. El mismo juego de causas y consecuencias aparece en otra cuestión que Pocock ha incluido en el “momento maquiavélico” del siglo XVIII inglés: el deslizamiento del sistema militar de milicias al de los ejércitos permanentes y profesionales.

Tener un ejército profesional exclusivamente a sus órdenes, como los grandes monarcas absolutistas, había sido la aspiración de los reyes Estuardo a principios del siglo XVII. Contra esa aspiración se alzó en 1640 el Parlamento y, con él, el grueso de la aristocracia rural. Advertían que el ejército alteraría el equilibrio de poder entre la monarquía y el Parlamento, y sobre todo, que sus costes habrían de ser pagados por los propietarios rurales, los principales contribuyentes. En contra del ejército permanente, defendían las milicias, reclutadas y conducidas, cuando era necesario, por las autoridades locales. Las milicias eran mucho menos onerosas y, sobre todo, no escapaban al control de los notables lugareños. Recuérdese que Gibbon sirvió en ellas durante más de dos años.

Un cierto *ethos* fundamentó esta preferencia: la obligación que tenían los miembros de una comunidad política de armarse para defenderla cuando era atacada. El mundo clásico -Grecia y Roma- suministró abundantes ejemplos

justificatorios, tanto en el siglo xvii, cuando la aristocracia rural contuvo y derrotó a la monarquía, como en el siglo xviii, cuando el debate se hizo más complejo, debido a las nuevas exigencias militares que implicaba el crecimiento del imperio colonial.

La historia romana ofreció otra vez un espejo para este debate. La expansión imperial llevó a las legiones cada vez más lejos de Roma, requirió períodos de servicio más largos, y sobre todo más hombres. Las ventajas prometidas a los veteranos resultaron escasa recompensa para tamaño sacrificio y gradualmente los ciudadanos romanos, y también los italianos, fueron dejando su lugar a nuevos reclutas, provenientes de las regiones recién conquistadas, mucho menos impregnados de romanidad, una condición que, por otra parte, solía hacerlos más eficientes en el combate.

Al reducirse la influencia de la tradición ciudadana, aumentó entre los soldados su espíritu de cuerpo, la búsqueda de ventajas profesionales para quienes se sentían con derecho, y no sólo por su participación en las guerras exitosas que habían construido el Imperio. En la misma Roma, donde el poder de los herederos de Augusto se construyó a costa de la clase senatorial y en contra de ella, el *Princeps Senatum*, título preferido por Augusto, se fue convirtiendo en el *Imperator*, el general de los ejércitos. De los ejércitos provino su legitimidad y su poder efectivo, aquel que le permitió enfrentar con firmeza la intermitente oposición senatorial. Especialmente, se apoyaba en la guarnición de Roma, mandada por el poderoso prefecto del pretorio. Diez capítulos dedica Gibbon a contar una historia que ya había anticipado Suetonio: la creciente dependencia de los emperadores de unos guardias de corps que terminaron convirtiéndose en sus tutores. La guarnición romana hizo y deshizo emperadores -los “esclavos imperiales”- como en el conocido caso de Claudio, que se